

llenos de malos hábitos, se deciden a tomar el sacerdocio, dice que «más valía que los pusieran en la piqueta» (*ast. in ecl. ord.*). «No se debe, pues, admitir a las sagradas órdenes a los que se ven aún sujetos a cualquier hábito vicioso», como decía San Isidoro (*Sent., l. 3, de Summo Bono, c. 34*).

Cuando alguno aspira a subir al altar, no ha de estar tan sólo exento de pecado, sino además ha de estar en posesión de bondad positiva de vida, es decir, ha de caminar ya por las vías de la perfección y poseer alguna costumbre de virtudes. En nuestra obra de *Moral* tratamos extensamente, de acuerdo con el común sentir de los doctores, de que el ordenando habituado en cualquier vicio, si quiere recibir un orden sagrado, ha de estar dispuesto a recibir no tan sólo el sacramento de la penitencia, sino dispuesto a recibir el sacramento del orden; de no ser así, estaría indisposto para una y para otro y pecaría gravemente tanto el ordenando que recibe la absolución con ánimo de querer ordenarse sin la disposición requerida para las órdenes, cuando el confesor que lo absolviera. No basta, pues, a quien quiere recibir las órdenes sagradas, haber salido del estado de pecado, sino que, como hemos dicho, ha de estar en posesión de la bondad positiva de vida que requiere el estado eclesiástico, como escribe Alejandro III, según apuntamos al principio de la página anterior. De aquí se deduce que la penitencia basta para ejercer el orden ya recibido, pero no basta para ser promovido a un orden superior; que es lo que enseña el Angélico, diciendo: «Las órdenes sagradas preexigen la santidad» (2-2, q. 189, a. 1 ad 3). Esta doctrina está de acuerdo con la que ya antes había escrito San Dionisio: «En las cosas divinas no hay que osar colocarse

al frente de los demás sin haberse hecho, en su modo de obrar, del todo conforme y semejante a Dios» (*De Eccl. hier.*, c. 3). Dos razones aduce Santo Tomás: primera, porque así como el que ha sido ordenado ha sido puesto sobre todos los demás, según la dignidad de su cargo, así debe descolgar sobre los simples fieles por la santidad de vida. «Para desempeñar dignamente las funciones de las sagradas órdenes, dice, no basta cualquier bondad de vida, sino que se necesita una bondad excelente, de modo que los ministros sagrados sean superiores al pueblo en santidad, como lo son por el orden recibido. De aquí se deduce que para recibir las órdenes hay que llevar a ellas una gracia que haga al sujeto apto para figurar honrosamente entre la grey de Cristo» (*Suppl.*, q. 35, a. i ad 3). Según la razón es que «por la ordenación recibiese la misión de ejercer en el altar las funciones más elevadas, para las que se exige mayor santidad que la exigida por el estado religioso» (2-2, q. 184, a. 8).

De aquí que el Apóstol (1 Tit., 3, 6) prohibiera que se ordenaran los neófitos, es decir, como explica Santo Tomás, quienes aun no habían dado pruebas de su constancia en la práctica de las virtudes. Por esto el concilio de Trento, aludiendo a las palabras de la Escritura: *Edad de ancianidad, vida inmaculada* (*Sap.* 4, 9), manda que los obispos no reciban a las órdenes, sino a quienes se muestren dignos de ellas por lo maduro de su prudencia (sess. 23, c. 12). Esta bondad positiva, dice Santo Tomás, ha de ser conocida no de manera ambigua, sino con toda certeza (*Suppl.*, q. 36, a. 4 ad 3). San Gregorio recomienda esta precaución, sobre todo en materia de castidad (l. 1, ep. 42). En este respecto exige una

prueba de muchos años (l. 3, ep. 26).

Júzguese aquí qué cuenta habrán de dar a Dios aquellos párrocos que en sus certificados aseguran que los ordenados han frecuentado los sacramentos y son de buenas costumbres, constándoles que ni frecuentaron los sacramentos ni dieron buen ejemplo, sino antes bien escándalo. Tales párrocos, con tales atestados, expedidos no por caridad, como dicen, sino contra la caridad debida a Dios y a la Iglesia, hágense reos de todos los pecados que cometerán los mal ordenados, pues los obispos creen a los párrocos y son así inducidos a error. Los párrocos, al extender estos certificados, no se fien del testimonio de los demás y sepan que no los podrán firmar si no están seguros de lo que certifican, esto es, de que el clérigo ha observado en verdad una vida ejemplar y ha frecuentado los sacramentos. En cuanto a los confesores de los ordenandos, así como el obispo no puede ordenar a nadie que antes no esté probado en punto a castidad, así tampoco el confesor puede permitir al penitente que vive en la incontinencia que se presenta a las órdenes, si antes no tiene seguridad moral de que está ya libre del mal hábito contraído y ha adquirido el hábito de la virtud de la castidad.

III. A lo que se expone quien va a las órdenes sagradas sin vocación

De todo lo anteriormente expuesto se desprende que quien recibe las órdenes sagradas sin vocación no puede excusarse de culpa grave, como dicen muchos teólogos, tales como Habert (*De ord.*, p. 3.^a, c.

1, § 2). Natal Alejandro (*De sacr. ord*), Juénin (Disp. 8, q. 7, c. 1) y el Continuador de Tournely (*De oblig. cler.*, t. 3, c. 1, concl. 3); y antes que todos ellos lo enseñó San Agustín, cuando, hablando del castigo que Dios envió a Coré, Datán, Abirón, que se pusieron a ejercer el oficio sacerdotal sin ser llamados, dice que este ejemplo es una advertencia para quienes se presentan sin vocación a las órdenes sagradas (*Serm. 30*). La razón es que no deja de ser un acto de presunción grave e inexcusable entrar en el santuario sin ser llamado por Dios, y quien esto hace queda privado de las gracias de estado y de los auxilios oportunos, sin los cuales se puede, absolutamente hablando, desempeñar las obligaciones, pero no sin gran dificultad, como escribe Habert. Quien tal haga quedará como miembro fuera de su lugar, que no podrá obrar sin dolor y sin deformidad (*De ord.*, p. 3.^a, c. 1, § 2).

De aquí se sigue que se verá expuesto a peligro de perder el alma, porque éste es, en expresión del obispo monseñor Abély, uno de los pecados contra el Espíritu Santo, de los que, en expresión del Evangelio, será muy difícil alcanzar perdón (*Sac. chr.*, p. 1.^a, c. 4).

El Señor declara su indignación contra quienes quieren reinar en la Iglesia sin su llamamiento: *Ellos han establecido reyes sin mi intervención... Mi ira se ha encendido contra ellos* (*Os. 8, 4-5*). Reinan por su propia autoridad y no por elección del soberano Dueño del mundo; sin llamamiento alguno divino, sino bajo la sola inspiración de sus pasiones, y más que alcanzarlo se apoderan del gobierno de las almas (*Past.*, p. 1.^a, c. 1). ¡Qué de esfuerzos, qué de diligencias, qué de ruegos emplean ciertos sujetos para al-

canzar la ordenación!, pero sin vocación y únicamente por fines terrenos. ¡Ay de estos desgraciados!, dice el Señor por Isaías: *Quieren realizar un diseño, mas no mío* (Is. 30, 1). Estos tales en el día del juicio pretenderán premio pero Jesucristo los rechazará de sí: *Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor ¡acaso no profétizamos en tu nombre (predicando y enseñando) y en tu nombre lanzamos los demonios (absolviendo a los penitentes), y en tu nombre obramos muchos prodigios?* (corrigiendo, comprendiendo discordias). *Y entonces les declararé: Nunca jamás os conocí; apartaos de mí los que obráis la iniquidad* (Mt. 7, 22, 23). Los sacerdotes sin vocación son, a la verdad, obreros y ministros de Dios, pero ministros de iniquidad y de rapiña, porque se introdujeron en el rebaño por sí mismos y sin ser llamados. No recibieron las llaves, como dice San Bernardo, sino que las arrebataron (*De conv. ad cler.*, c. 19). En vano trabajarán, puesto que Dios no recompensará sus trabajos, sino que los castigará por no haber entrado en el santuario por el camino recto (Eccl. 10, 15). La Iglesia, dice San León, no recibe sino a quienes el Señor elige, y al elegirlos los hace ministros suyos (*In die ass. sua.*, serm. 2). Por el contrario, rechaza a quienes no llama Dios, porque éstos no reportan provecho, sino ruinas y, en vez de edificarla, la manchan como escribe San Pedro Damiano (*Cant.cler.*, c. 3).

Al que haya escogido (Yahveh) hará que se le acerque (Num. 16, 5). El Señor acogerá a quienes haya elegido para el sacerdocio; de lo que se deduce que quienes no hayan sido elegidos serán rechazados. También San Efrén da por condenados a quienes osen hacerse sacerdotes sin vocación: «Me es-

panta (son sus palabras) la audacia de ciertos insensatos, que se entrometen como a la fuerza en las funciones sacerdotales, sin preocuparse los desgraciados del fuego eterno que acumulan sobre sí» (*Ord. de sacerd.*). Y Pedro de Blois escribe: «Quien se atreva a usurpar el sacerdocio convierte el sacrificio en sacrilegio y la vida en muerte» (*Ep. ad rich. lond.*). Quien yerra la vocación se pone en mayor peligro de condenación que quien traspasa los preceptos particulares, porque este último puede levantarse de la caída y emprender una nueva vida; pero el que yerra la vocación, yerra el mismo camino, por lo que cuanto más camina por él, más se aleja de la patria. A éstos se les aplica aquello de San Agustín: «Corres bien, pero fuera del camino». Persuadámonos de lo que decía San Gregorio: que nuestra eterna salvación depende principalmente de abrazar el estado a que Dios nos llame. La razón es clara, porque Dios es quien, en el orden de la providencia, nos asigna a todos el estado de vida propio y, una vez abrazado, nos prepara las gracias y auxilios conducentes al estado a que nos llama. El Espíritu Santo distribuye sus gracias según el orden establecido por El, y no a merced nuestra, decía San Cipriano (*De sing. cler.*); y este orden es para cada uno de nosotros el orden de la predestinación, como escribía el Apóstol: *Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó* (*Rom. 8, 30*). Por manera que después de la vocación viene la justificación, y después de la justificación, la glorificación, es decir, la adquisición de la vida eterna; por lo tanto, quien no obedece a la vocación divina no será justificado ni glorificado. El P. Maestro Granada llamaba con

razón a la vocación la rueda maestra de la vida; así como en ciertos relojes, gastada la rueda catalina, se estropea todo, así, dice San Gregorio Nacianceno, si uno yerra la vocación, errará toda la vida, porque en el estado a que no le llamó Dios se verá privado de los auxilios oportunos para vivir bien.

Cada cual tiene de Dios su propio don: quién de una manera, quién de otra (1 Cor. 7, 7); lo que equivale a decir, como explican los intérpretes con Santo Tomás, que el Señor da a cada cual las gracias para desempeñar bien las obligaciones del estado a que le llama (*Suppl.*, q. 35, a. 1; 3, q. 27, a. 1). De aquí se sigue que uno es apto para cumplir el oficio a que Dios elige y es inepto para el oficio a que Dios no lo elige. El pie se ha dado para caminar y es incapaz de ver; y el ojo, que se ha dado para ver, no puede servir para oír. ¿Cómo podrá, por lo tanto, ser apto para desempeñar bien las funciones sacerdotales quien no ha sido elegido por Dios para el sacerdocio? El Señor es quien elige los operarios que han de cultivar su viña: *Yo os escogí a vosotros y os destiné para que vayais y llevéis fruto* (Io. 15, 16).

El Redentor no dijo: «Rogad a los hombres que vayan a recoger la mies», sino: *Rogad, pues al Señor de la mies que mande obreros a su mies* (Lc. 10, 2); de aquí que dijese también: *Como me ha enviado el Padre, también yo os envío a vosotros* (Io. 20, 21). Cuando Dios llama, da también los auxilios necesarios, dice San León: «El autor de mi elevación (son sus palabras) vendrá en mi ayuda en el gobierno de los intereses que me ha confiado; y como me confirió el cargo, me dará también la fuerza para llevarlo dignamente» (*In die assumpt. sua*, serm. 1). El mismo Jesucristo lo declaró por estas palabras: *Yo soy*

la puerta; quien entrare por mí, será salvo, y entrará y saldrá, y hallará pasto (Io. 10, 9). Entrará, esto es, quien comienza el sacerdocio llamado por Dios se desenvolverá rectamente, sin culpa y con mérito. *Saldrá*, es decir, se hallará en medio de ocasiones y peligros, pero con la ayuda del cielo saldrá de ellos sano y salvo. *Hallará pasto*; finalmente, en todos sus ministerios estará asistido de gracias especiales, que lo harán adelantar a grandes pasos por las vías de la perfección, y todo por hallarse en el estado en que Dios lo colocó; de modo que podrá exclamar confiadamente: *Me apacienta el Señor, nada me falta; hádeme recostar en verdes prados* (Ps. 22, 1).

Por el contrario, los sacerdotes que no son enviados por Dios a trabajar en su Iglesia se verán abandonados por El y condenados a oprobio eterno y desgraciada ruina, como el Señor declara por Jeremías: *No envié a los profetas, y ellos corrian* (Ier. 23, 21). Y continúa más adelante: *Por eso he aquí que yo os cogeré, transportándoos* (como una carga), *y os arrojaré de mi presencia, y asimismo a la ciudad que di a vosotros y vuestros padres, y os cubriré de perpetuo oprobio y de eterna ignominia, que jamás será olvidada* (Ier. 23, 39-40).

Para ser el hombre elevado a la altura del sacerdocio precisa, dice Santo Tomás, ser elevado por el poder del Señor (*Habert. De ord.*, p. 3.^a, c. 1 § 2), ya que él es santificador de los pueblos y el vicario de Jesucristo. Con todo, a quien pretende elevarse por sí mismo a tan alta dignidad le acontecerá lo que dice el Sabio: *Hay quien se mostró necio después de ser elevado en alto* (Prov. 30, 32). Si hubiera quedado en el siglo, habría sido un buen seglar; pero como subió al sacerdocio sin vocación, será mal sacerdote,

y en vez de ser útil a la Iglesia será azote para ella, como de tales sacerdotes escribe el Catecismo Romano: «Nada más desgraciado ni más funesto que estos hombres para la Iglesia» (p. 2.^a, c. 7, q. 3). Efectivamente, ¿qué bien podrán obrar, cuando entraron en la Iglesia sin ser llamados? Es difícil, dice San León, que tan malos comienzos tengan un buen fin» (Ep. 87). Y San Lorenzo Justiniano añade: «¿Qué fruto producirá una raíz corrompida?» (*De compunct. Apud Catech. Rom. de ord.*). Nuestro Salvador dijo: *Todo plantío que no plantó mi Padre celestial será arrancado de raíz* (Mt. 15, 13). Igualmente, según Pedro de Blois, cuando el Señor permite que un sujeto llegue al sacerdocio sin ser llamado a él, no hay que considerarlo como gracia, sino como castigo, porque el árbol poco enraizado en tierra está expuesto a los vendavales y fácilmente caerá para ser pasto de las llamas» (*De inst. ep.*, c. 3). San Bernardo dice que «quien no entró legítimamente en el santuario continuará caminando por los caminos de la infidelidad y, en vez de procurar la salvación de las almas, será más bien causa de su perdición y muerte» (*De vita cler.*, c. 7). Esto está conforme con la sentencia de Jesucristo: *El que no entre por la puerta en el redil de las ovejas, sino que salta por otra parte, ése es ladrón y salteador... El ladrón no viene sino para robar y matar y destruir* (Io. 10, 1, 10).

Quizás haya quien diga: Así, si se tienen que ordenar de sacerdotes tan sólo quienes reúnan todas las señales antes mencionadas y requeridas, habrá pocos sacerdotes en la Iglesia y faltarán a los fieles los auxilios. A esto respondió ya el Concilio IV de Letrán cuando declaró que «es preferible que haya un nú-

mero reducido de sacerdotes que no muchos que sean malos» (c. 17). Y Santo Tomás dice que «Dios no abandona jamás a su Iglesia hasta el punto de dejarla desprovista de sacerdotes dignos, según la necesidad de los pueblos» (*Suppl.*, q. 36, a. 4 ad 1). Querer proveer a la necesidad de los pueblos con ministros malos, dice San León que no es querer salvarlos, sino perderlos (*Ep. 87 ad Afr. ep.*).

Por lo tanto, si se hallara un sacerdote ordenado sin vocación, ¿qué había de hacer, tenerse ya por condenado y desesperarse?—No. La misma pregunta se formuló San Gregorio: «No he sido llamado al sacerdocio; ¿qué tengo que hacer?»; y se responde: «Llorar». He aquí lo que se impone que haga tal sacerdote si se quiere salvar: derramar lágrimas y, por medio de la penitencia, aplacar a Dios y moverlo a que le perdone este su gran pecado de haberse introducido en el santuario sin llamamiento divino. Procure, pues, como le exhorta San Bernardo, que «la bondad de vida, que no precedió al sacerdocio, al menos le siga» (*Ep. 27 ad Ardit.*). Y para esto, añade el Santo, «se impone un cambio radical de conducta, de compañías, de estudios» (*Ep. 27*). Si fuere ignorante, se impone que estudie; si está dado a conversaciones y pasatiempos mundanos, se impone que consagre el tiempo a la oración, a lecturas espirituales, a la visita de las iglesias. Pero es necesario que en esto se haga violencia, porque, como antes dijimos, por haber entrado sin vocación es miembro dislocado, fuera de su lugar; por esto tiene que obrar su salvación con muchos esfuerzos y trabajos. Y si por ser sacerdote sin haber sido a ello llamado se ve, como ya demostramos, privado de los auxilios oportunos

para desempeñar las funciones sacerdotales, ¿cómo podrá cumplir con ellas y qué es lo que tendrá que hacer?—Habert (*De ord.*, p. 3.^a, c. 1. § 2) y el continuador de Tournely (*De oblig. cler.*, c. 1. a. 1, concl. 3) dicen que ruegue, ya que con sus oraciones alcanzará lo que no merece; Dios, dicen, da entonces al hombre, por su misericordia, los auxilios que en justicia tiene reservados, de alguna manera, para los legítimamente llamados. Esta doctrina está de acuerdo con lo enseñado por el concilio de Trento: «Dios no manda lo imposible; pero, al mandar, nos advierte que hagamos lo que podamos y que pidamos lo que no podemos, para que nos ayude a poder» (sess. 6, c. 11).

PARTE II

PLATICA I

SOBRE LA CELEBRACION DE LA MISA

I. Importancia del santo sacrificio y lo que exige del sacerdote

Todo pontífice escogido de entre los hombres es construido en pro de los hombres, cuanto a las cosas que miran a Dios, para ofrecer dones y sacrificios por los pecados (Heb. 5, 1). Para este fin, en efecto, puso Dios al sacerdote en la Iglesia, para ofrecer sacrificios; y este oficio es propio de los sacerdotes de la ley de gracia, a los cuales se ha dado poder ofrecer el sumo sacrificio del cuerpo y de la sangre del mismo Hijo de Dios; sacrificio supremo y perfecto, a diferencia de los antiguos, que no encerraban más mérito que ser sombra y figura de nuestro sacrificio. Aquellos sacrificios eran de becerros y de machos cabríos, en tanto que el nuestro es del Verbo eterno hecho hombre. Los sacrificios de la ley antigua no tenían fuerza alguna por sí mismos, por lo que el Apóstol los llama *rudimentos impotentes y miserables* (Gal. 4, 9); en tanto que nuestro sacrificio tiene fuerza de alcanzar la remisión de las penas temporales debidas por nuestros pecados y, además mediata-

mente al menos, el aumento de la gracia y los auxilios más abundantes a favor de aquellos por quienes se ofrece.

El sacerdote que no está penetrado de la grandeza del santo sacrificio de la misa, nunca lo ofrecerá como es debido. Jesucristo en la tierra no hizo obra mayor que ésta. La misa en una palabra, es la acción más santa y más agradable a Dios que se pueda llevar a cabo, tanto en razón de la Víctima ofrecida, que es Jesucristo, víctima de dignidad infinita, cuanto en razón del primer oferente, que es el mismo Jesucristo, que se ofrece por manos del sacerdote, como enseña el concilio de Trento (sess. 22, c. 2). Y San Juan Crisóstomo añade: «Cuando veáis al sacerdote ofreciendo el sacrificio, no penséis que es el sacerdote, sino representaos la mano de Jesucristo extendida de modo invisible» (*Ad pop. Ant.*, hom. 9).

Todo el honor que han podido tributar siempre a Dios los ángeles con sus homenajes y los hombres con sus virtudes, penitencias, martirios y demás obras santas, no podrán proporcionar tanta gloria a Dios como la que le proporciona una sola misa; porque todos los honores de las criaturas son finitos, en tanto que el honor que se tributa a Dios en el sacrificio del altar es honor infinito, por provenir de una persona divina (sess. 22, *Decr. de obs. in cel. mis.*). Es, pues, la misa la obra más santa y la más agradable a Dios, como hemos visto; es la obra más capaz de aplacar la ira de Dios contra los pecadores, la que más abate las fuerzas infernales, la que procura más abundantes gracias a los hombres en la tierra y la que más alivio proporciona a las almas del purgatorio; y ésta es, finalmente, la obra a que va ligada la salvación del mundo, como escribe San Odón, abad

de Cluny (*Collat.*, l. 2, c. 28). Y Timoteo de Jerusalén dice, hablando de la misa, que por ella se conserva la tierra sin haber sido aniquilada (*Or. de proph. Sim.*).

Según San Buenaventura, el Señor en cada misa hace al género humano un favor en nada inferior al que le hizo en la Encarnación (*De Instit. Novit.*, p. 1.^a, c. 2). Esto concuerda con la célebre sentencia de San Agustín, que exclamaba: «¡Venerada dignidad de los sacerdotes, en cuyas manos se encarna el Hijo de Dios, como se encarnó en el seno de la Virgen!» (*Instr. sac.*, tr. 1, c. 5, § 2 Molina). Además, como el sacrificio del altar no es más que la aplicación y renovación del gran sacrificio de la cruz, enseña Santo Tomás que una misa tiene para el bien y salvación de los hombres toda la eficacia del sacrificio de la cruz (J. Heroldt, *De Sanct.*, serm. 48). Y lo mismo escribe el Crisóstomo: «La celebración de la misa tiene el mismo valor que la muerte de Cristo» (J. Heroldt, *De Sanct.*, serm. 48). La Iglesia confirma plenamente esta verdad diciendo: «Siempre que se celebra en el altar la memoria de este sacrificio, se renueva la obra de nuestra redención» (*Miss. dom. IX post Pent.*). En efecto, añade el concilio de Trento, el mismo Redentor es quien se ofrece por nosotros sobre la cruz y se sacrifica sobre el altar por medio de los sacerdotes (sess. 22, c. 2).

En una palabra, la misa, según dice el profeta, es lo más bello y excelente que hay en la Iglesia (Zach. 9, 17). En la misa se nos entrega Jesucristo por medio del sacramento del altar, que es el fin y consumación de todos los sacramentos, como enseña el Angélico (3, q. 65, a. 3). Con razón, pues, llama San

Buenaventura a la misa el compendio de todo el amor divino y de todos los beneficios dispensados a los hombres (*De Inst. Novit.*, p. 1.^a, c. 2). Por esto el demonio se esforzó siempre por suprimir la misa del mundo, mediante los herejes, a quienes hizo precursores del anticristo, que lo primero que procurará hacer, y hará, será abolir el sacrificio del altar, en castigo de los pecados de los hombres, como profetizó Daniel: *Y el ejército celeste* (el pueblo elegido y sus sacerdotes) *fué entregado a la destrucción junto al sacrificio perpetuo* (*Dan.* 8, 12).

Sobrada razón tiene, por lo tanto, el concilio de Trento para exigir de los sacerdotes que pongan todo el cuidado posible en celebrar la misa con la mayor devoción y pureza de conciencia posibles (sess. 22, *Decret. de obs. in cel. mis.*). Y no con menor razón advierte en el mismo lugar que precisamente sobre los sacerdotes que celebran descuidadamente y sin devoción este excelso sacrificio cae la maldición lanzada por Jeremías: *Maldito quien hace la obra de Yahveh con incuria* (*Ier.* 48, 10). Pues bien, según San Buenaventura, celebra o comulga indignamente quien se acerca al altar con poca reverencia y consideración (*De praep. ad mis.*, c. 5). Por eso, para evitar esta maldición, examinemos lo que ha de hacer el sacerdote antes de celebrar, durante la celebración y después de ella. Antes de celebrar se impone la preparación; durante la celebración es necesaria la reverencia y la devoción, y después de celebrar es necesaria la acción de gracias. Decía un siervo de Dios que la vida del sacerdote no debe ser más que una preparación y una acción de gracias a la santa misa.

II. De la preparación a la misa

El sacerdote en primer lugar tiene que prepararse para subir al altar.

Y antes de llegar a la práctica, pregunto: ¿Cómo es que hay tantos sacerdotes en el mundo y tan pocos sacerdotes santos? San Francisco de Sales llamaba a la misa misterio que comprende todo el abismo del amor divino (*Intr. Philot.*, p. 2.^a, c. 14). Además, San Crisóstomo decía que el Santísimo Sacramento del altar es el tesoro de la bondad de Dios (*In 1 Cor.*, hom. 24). Sin duda ninguna, la Sagrada Eucaristía fué instituida por todos los fieles, pero es don hecho de manera especial a los sacerdotes; hablando a éstos, dice el Señor: *No deis lo santo a los perros ni echéis vuestras perlas delante de los puercos* (Mt. 7, 6). Nótense las palabras *vuestras perlas*; en griego se llama *perlas* a las partículas consagradas; y así se ve cómo se llama a éstas perlas, cosa propia de los sacerdotes, al decir *vuestras perlas*. Siendo esto así, todo sacerdote, como dice el Crisóstomo, tendría que bajar del altar inflamado completamente en amor de Dios, de modo que infundiera terror el infierno (*Ad pop. Ant.*, hom. 61). Mas no es esto lo que se ve, sino que la mayoría se apartan del altar siempre más tibios, siempre más impacientes, soberbios, envidiosos, más aferrados a la estima propia, a los intereses y a los placeres terrenos. «El defecto no está en el alimento, decía el cardenal Bona, sino en quien lo toma» (*De sacr. M.*, c 6, § 6), pues bastaría tomarlo una sola vez, añadía Santa María Magdalena de Pazzi, para llegar a la santidad; la falta está en la poca preparación a la santa misa.

Hay dos clases de preparación, remota y próxima. La preparación remota consiste en la vida pura y virtuosa que ha de vivir el sacerdote para celebrar dignamente. Si Dios exigía la pureza de los sacerdotes antiguos sólo porque habían de llevar los vasos sagrados (Is. 52, 11), icuánto más puro y santo, observa Pedro de Blois, ha de ser el sacerdote que ha de tener en las manos y en el cuerpo al Verbo encarnado! (Ep. 123). Mas para ser puro y santo no basta que el sacerdote se vea libre de pecados mortales, sino que tiene también que estar exento de los veniales (plenamente deliberados); de otro modo, Jesucristo no lo admitiría a participar con El. Guardémonos, dice San Bernardo, de hacer poco caso de estas faltas, porque, como se dijo a Pedro, «si no estamos lavados de ellas no tendremos parte con El» (*S. in Coena Dom.*). Es, pues, necesario que todas las acciones y palabras del sacerdote que quiere celebrar la misa sean tan santas que puedan servir como de preparación para celebrarla.

La preparación próxima exige en primer lugar la oración mental. ¿Qué misa devota celebrará el sacerdote que sube al altar sin haber hecho primeramente meditación? Decía el Beato P. Maestro Avila que el sacerdote tiene que hacer, por lo menos, hora y media de meditación antes de la celebración de la misa; ya me contentaría yo con que se hiciera media hora, y algunos, al menos, que hicieran un cuarto, aun cuando en verdad que un cuarto de hora es muy poco. ¡Hay libros tan hermosos de meditación para prepararse a la misa!; pero ¿quién se prepara así? De ahí que se celebren tantas misas sin devoción y de modo desordenado. La misa es la representación de la pasión de Jesucristo, por lo que el papa Alejandro

I tenía razón al decir que en el sacrificio de la misa se ha de hacer siempre memoria de la pasión del Señor (Ep. 1). Y antes lo había escrito el Apóstol: *Cuantas veces coméis este pan y bebéis el cáliz, anunciáis la muerte del Señor* (1 Cor., 11, 26). Dice Santo Tomás que el Redentor instituyó el Santísimo Sacramento para que estuviese en nosotros siempre viva la memoria del amor que nos mostró y del gran beneficio que nos hizo al inmolarse en la cruz. Pues bien, si todos los hombres, ¿con cuánta mayor razón el sacerdote cuando va a renovar el altar el mismo sacrificio, si bien de distinta manera? No le baste al sacerdote haber hecho la meditación, sino que conviene que antes de celebrar se recoja al menos unos instantes y considere lo que va a hacer, como impuso a todos los sacerdotes el concilio de Milán en tiempo de San Carlos (*Const.*, p. 2.^a, n. 5). Cuando entre a sacrística para celebrar, despida el sacerdote todos los pensamientos de mundo y diga con San Bernardo: Cuidados, solicitudes, servidumbres, esperadme aquí en tanto que mis criadas, razón e inteligencia, entramos a adorar a Dios; después de lo cual volveremos a vosotros, y no tardaremos en hacerlo (*De amore Dei*. c. 1). San Francisco de Sales escribía a Santa Juana de Chantal: «Cuando voy al altar para celebrar misa, pierdo de vista todas las cosas de la tierra». Despida, pues, entonces el sacerdote todos los pensamientos mundanos y atienda solamente a la gran obra que va a ejecutar y al Pan celestial, del que se va a alimentar en aquella mesa divina. *Cuando te sientes a comer con un magnate, ten buen cuidado con lo que tienes delante* (Prov. 23, 1). Piensa, por tanto, que vas a llamar del cielo a la tierra al Verbo humanado, para entretenerte familiar-

mente con El sobre el altar, para ofrecerlo de nuevo al Padre Eterno y para alimentarte, finalmente, de su carne sacrosanta. El Beato P. Juan de Ávila, cuando iba a celebrar, trataba de enfervorizarse, repitiendo que iba a consagrar al Hijo de Dios, a tenerlo en sus manos, a hablarle, a tratar con El y a recibirllo en su pecho (*Audi, filia*, c. 10 p. 44).

Considera además el sacerdote que «sube al altar a interceder por todos los pecadores», como decía San Lorenzo Justiniano (*Serm. de Euchar*). El sacerdote se encuentra en el altar, en medio de Dios y de los hombres, para presentarle las oraciones de éstos y alcanzarles las divinas gracias (*In Is.*, hom. 5). «Por esta razón decía Santo Tomás que el sacrificio del altar se llama misa porque el sacerdote por medio del ángel envía las oraciones a Dios, como el pueblo las envía al sacerdote» (3, q. 73, a. 4). En la antigua ley sólo una vez al año se permitía entrar al sacerdote en el *sancta sanctorum*; pero hoy a todos los sacerdotes y todos los días les es permitido ofrecer el cordero divino para alcanzar para sí y para todo el pueblo las gracias a Dios (*De inst. prael.*, c. 10, n. 6). Por eso, concluye San Buenaventura, cuando vaya a celebrar, propóngase el sacerdote los tres fines de honrar a Dios, hacer memoria de su pasión y alcanzar las gracias para toda la Iglesia (*De praep. ad missam*, c. 9).

III. Del respeto y devoción con que se debe celebrar la misa

En segundo lugar se impone que el sacerdote celebre la misa con reverencia y devoción. Conocido es

que el manípulo fué introducido para enjugarse las lágrimas, porque antiguamente, cuando celebraban los sacerdotes, experimentaban tan grandes sentimientos de devoción, que no hacían más que llorar. Ya dijimos que el sacerdote representa en el altar a la misma persona de Jesucristo, como escribió San Cipriano (*Ep. ad Caecil.*, 63); y en calidad de tal dice: *Esto es mi cuerpo; éste es el cáliz de mi sangre*. Pero, ioh Dios mío!, cuando se piensa en el modo con que celebran misa la mayoría de los sacerdotes, habría que llorar y llorar lágrimas de sangre. Da lástima ver cómo desprecian a Jesucristo muchos sacerdotes y religiosos y hasta pertenecientes a órdenes reformadas. Al ver la atención con que estos sacerdotes celebran a diario, se les podría reprochar muy en justicia lo que Clemente de Alejandría reprochaba a los sacerdotes paganos: «que hacían del cielo un teatro y a Dios motivo de comedia» (*Or ad Gent.*). Pero iqué digo comedia! Si estos tales tuvieran que representar el papel de una comedia, icuán atentos estarían! Y para celebrar, ¿qué atención emplean? Palabras mutiladas, genuflexiones que más parecen actos de desprecio que de reverencia, bendiciones que no se sabe que cosa son. Muévense en el altar y se vuelven de modo que casi excitan la risa; mezclan palabras y ceremonias, anticipándolas antes del tiempo prescrito por las rúbricas. A pesar de ello, estas rúbricas, según el común sentir, son de precepto, ya que San Pío V, en la bula que encabeza el misal, manda que se celebre misa según las rúbricas del misal, y esto lo manda *districte, in virtute sanctae obedientiae*. De aquí se sigue que quien falta a las rúbricas no se pueda excusar de pecado, y

quién falta en materia grave no se pueda excusar de pecado mortal.

Todo proviene de la prisa de acabar luego la celebración. ¿Cómo celebran algunos?; como si se fuera a derrumbar el templo o estuvieran para llegar ladrones y no hubiera tiempo de escapar. Sacerdote habrá que, después de estar hablando horas enteras inútilmente u ocupado en asuntos mundanos, cuando se trata de celebrar lo hace con toda la precipitación que puede. Y del modo que con estos tales principian, así prosiguen, así consagran, así toman en sus manos a Jesucristo y así comulgan con tanta irreverencia como si en realidad no se tratara más que de un trozo de pan. Desearíamos que hubiera siempre alguien que les dijese lo que un día dijo el B. P. Maestro Avila, acercándose al altar, a cierto sacerdote que celebraba de tan rutinaria manera: «Trátelos bien, que es Hijo de buen Padre» (Vitoria, E. S. Católica, 1948 p. 29).

Ordenó el Señor a los sacerdotes de la antigua ley que temblasen de santo respeto al acercarse al santuario (Lev. 26, 2). ¡Y que un sacerdote de la ley nueva que está en el altar, ante la presencia real de Jesucristo, esté tan irreverentemente mientras le habla, lo tiene en sus manos, lo ofrece y se alimenta de El!... Amenazó el Señor en la antigua ley con muchas maldiciones a los sacerdotes que descuidasen las ceremonias de aquellos sacrificios, que no eran sino simples figuras del nuestro: *Pero sucederá que si no escuchas la voz de Yahveh, tu Dios, cuidando de practicar todos sus preceptos y leyes, que hoy te intimo, te sobrevendrán todas estas maldiciones y te alcanzarán: Maldito serás en la ciudad y maldito en el campo* (Deut. 28, 15). Santa Teresa decía que da-

ría su vida por una ceremonia de la Iglesia (*Libro de la vida*, p. 805-806). Y el sacerdote, ¿llegará a despreciarlas? Enseña el P. Suárez que la omisión de cualquier ceremonia prescrita en la misa no puede excusarse de pecado, y muchos doctores llegan a decir que el descuido notable de las ceremonias puede muy bien constituir pecado mortal.

En nuestra *Teología Moral* demostramos, apoyados en la autoridad de no pocos autores, que no se puede excusar de pecado grave el celebrar la misa en menos de un cuarto de hora, y esto por dos razones: primera, por la irreverencia que se comete contra el santo sacrificio celebrado con tal precipitación, y segunda, por el escándalo que se da al pueblo. En cuanto a la reverencia debida al santo sacrificio, ya dijimos antes que el concilio de Trento ordenó que se celebrara la misa con la mayor devoción posible (sess. 22, *Decr. de observ. in mis.*). Y añade que la falta de respeto, aun exterior, debida a la misa es tal irreverencia, que llega, hasta cierto sentido, a rayar en impiedad (*ibid.*). Así como las ceremonias bien ejecutadas son señal de respeto, así también mal ejecutadas son indicio de irreverencia, que en materia grave constituyen pecado grave. Nótese además que para que las ceremonias encierran el testimonio de respeto que conviene a tan grande sacrificio no basta que se ejecuten, porque pudiera haber alguno a quien, por su expedita pronunciación y rapidez de movimientos, le fuera dable despachar todo en menos de un cuarto de hora; además de ello, se necesita que se hagan con la debida gravedad, que va ligada intrínsecamente a la reverencia debida a la santa misa.

Por lo que al escándalo respecta, la celebración de la misa en tan breve espacio de tiempo es culpa grave por el escándalo que se da al pueblo que asiste a ella. Y acerca de esto considérese lo que el concilio de Trento dice, a saber: que las ceremonias fueron instituidas por la Iglesia para inspirar a los fieles la veneración y el concepto que se ha de tener de tan excelso sacrificio y los sublimes misterios que encierra (sess. 22, *De sacr. M.*, c. 5). Pero cuando se ejecutan precipitadamente estas ceremonias no causan veneración, sino que contribuyen a que el pueblo pierda luego la veneración hacia tan santo misterio. Dice Pedro de Blois que «con las misas celebradas con poco respeto se contribuye a que los fieles hagan poco caso del Santísimo Sacramento» (*Ep. ad Rihcer.* 123). Tal escándalo no puede excusarse de pecado mortal; de aquí que el concilio de Tours ordenara en 1583 que los sacerdotes estuvieran bien instruidos en las ceremonias de la misa, «a fin de no ser causa de la destrucción de la devoción en el corazón de sus ovejas en lugar de introducirlas a la veneración de los sagrados misterios».

¿Cómo pretenderán los sacerdotes con tales misas, celebradas tan indevoteamente, alcanzar las gracias de Dios, si al mismo tiempo de ofrecerlas ofenden y, por lo que a ello hace, deshonran a Dios más bien que honrarle? Si hubiera un sacerdote que no creyese en el Santísimo Sacramento del altar, ofendería a Dios; pero aun lo ofende más el que cree en él sin tributarle el respeto que le es debido y es causa, además, de que otros lo pierdan al ver su mal ejemplo. Los judíos respetaron al principio a Jesucristo; pero, cuando vieron que los sacerdotes los despreciaban, acabaron por perder el concepto que de El tenían, y

a una con los sacerdotes se pusieron a gritar: *Quita, crucificalo* (Io. 19, 15). Los seglares también, para no salir de nuestro asunto, al ver la irreverencia con que los sacerdotes celebran, pierden su concepto y veneración. La misa celebrada con devoción inspira devoción a quienes lo oyen, y, por el contrario, la misa indevota hacer perder la devoción y hasta casi también la fe de quienes la oyen. Me contó cierto religioso, digno de toda confianza, que hubo en Roma un hereje que se hallaba resuelto a abjurar; pero después de haber oído una misa mal celebrada fué al Papa y le dijo que ya no quería abjurar, pues se había persuadido de que ni el Papa ni los sacerdotes tenían verdadera fe en la Iglesia católica. Porque, decía, si yo fuese papa y supiera que un sacerdote celebraba la misa con poca reverencia, lo quemaría vivo; pero al ver cómo celebran algunos sacerdotes, sin recibir nunca castigo, me persuadido de que ni el Papa cree. — Dicho esto, se retiró y ya no quiso oír hablar de abjuración.

Algunos sacerdotes dicen que los seglares se quejan cuando la misa es larga, a lo que responde en primer lugar: Pero ¿es que la poca devoción de ciertos seglares habrá de ser la norma del respeto debido a la misa? También respondo que, si los sacerdotes celebrasen con la reverencia y gravedad debidas, los seglares se penetrarían de la devoción que se debe a tan excelso sacrificio y no se quejarían de la media hora que hubieran de emplear en oírlo; mas por cuanto de ordinario las misas son tan breves y nos inspiran devoción, por eso los seglares, a ejemplo de los sacerdotes, pierden la devoción y asisten con poca fe, y cuando ven que pasa de un cuarto de hora,

por el mal hábito ya contraído, se cansan y se quejan; y cuando pasan, sin pena, tantas horas ante una mesa de juego o perdiendo el tiempo en la plaza pública, se cansan después de emplear media hora en oír la misa. Los sacerdotes tienen la culpa de todo este mal: *Y si soy Señor, dónde (está) el temor que me es debido?*, dice *Yahveh Sebaot a vosotros, sacerdotes, menospreciadores de mi nombre. Mas diréis: ¿En qué hemos menospreciado tu nombre? Ofreciendo sobre mi altar comida mancillada. Y diréis: ¿Cómo lo hemos mancillado? Al pensar que la mesa de Yahveh es despreciable* (Mal. 1, 6-7). El poco caso que hacen los sacerdotes de la reverencia debida a la misa es la causa de que también la desprecien los demás.

¡Pobres sacerdotes! El Beato P. Maestro Avila, cuando supo que un sacerdote murió después de haber celebrado la primera misa, temió grandemente por la cuenta que de ella tendría que dar. Pues ¿qué diría el P. Avila de los sacerdotes que hayan celebrado durante treinta o cuarenta años del modo escandaloso que hemos dicho? Y ¿cómo, pregunto, podrán tales sacerdotes tener propicio a Dios y alcanzar sus gracias, celebrando la misa de tal modo, si precisamente al celebrarla le ultrajan, más bien que honrarle? Todos los crímenes se expían con los sacrificios, dice el papa Julio; pero ¿qué se dará por la ofensa hecha al Señor, si en misma oblación del sacrificio se hace uno culpable? (c. *Cum omne, De consecr.*, dist. 2) ¡Pobres sacerdotes! Y ipobres obispos que permiten celebrar a tales sacerdotes!, ya que los obispos, como dice el concilio de Trento, están obligados a prohibir tales misas celebradas con semejante irreverencia (sess. 22, *Decr. de obs. in mis.*).

Nótense las expresiones de la prohibición: *Prohibere current et teneantur*, que significa que los obispos están obligados a suspender a quienes celebren sin la debida reverencia. Y esta obligación también mira a los regulares, pues los obispos en esto son delegados apostólicos del concilio y tienen la obligación de enterarse de las misas que se celebran en sus diócesis.

Sacerdotes míos, procuremos enmendarnos si en lo pasado hemos celebrado este grande sacrificio con poca devoción y reverencia. Remediémoslo, al menos, de hoy en adelante. Consideremos, cuando nos acerquemos a celebrar la misa, la acción que vamos a ejecutar, pues es la acción más grande y más santa que puede hacer el hombre. Y cuánto bien encierra la misa celebrada con devoción para quien la celebra y para quienes la oyen! Por lo que atañe a quien la oye, escribe el Discípulo: «Tu oración ciertamente que es más escuchada cuando se dirige en presencia del sacerdote celebrante, porque todo sacerdote tiene la obligación en cada misa de rogar por los asistentes». Quien celebra a diario devotamente recibirá siempre de Dios nuevas luces y nuevas fuerzas; Jesucristo lo instruirá siempre, lo consolará, lo animará y le concederá las gracias que deseé. Después de la consagración, esté seguro el sacerdote de que Jesucristo le concederá cuantas gracias le pida. El venerable P. Antonio de Colellis, pío operario, decía: «Cuando celebro y tengo a Jesucristo en mis manos, alcanzo de El cuanto quiero». El celebrante alcanza cuanto quiere, para sí mismo y para quien oye la santa misa. Cuéntase en la vida de San Pedro de Alcántara que era más provechosa la misa devota que él celebraba que todos los sermones de los predica-

dores de la provincia en que se hallaba. El concilio de Rodez ordenó que los sacerdotes, con su devota pronunciación de las palabras y la no menos devota ejecución de las rúbricas, demostraran la fe y devoción que profesaban a Jesucristo presente ante ellos sobre el altar (*De sacr. miss.*, n. 4). «El porte exterior, dice San Buenaventura, es indicio de las disposiciones interiores del celebrante» (*Spec. disc.*, p. 2.^a, c. 1).

Nótese aquí de paso lo preceptuado por Inocencio III: «Ordenamos también que los oratorios, los vasos, los corporales y las vestiduras sagradas se conserven limpísimos, pues es muy contra razón dejar las cosas santas en un estado de desaseo, que chocaría hasta en las cosas profanas» (tit. 44, can. 1, *Relinqui*). ¡Ah, y cuánta razón tenía el Papa para hablar así, pues los hay que no se avergüenzan de celebrar con corporales, purificadoros y cálices de los que ellos mismos tendrían asco si los usaran en la mesa!

IV. De la acción de gracias

En tercer lugar, después de la celebración es necesario dar gracias a Dios. La acción de gracias no ha de terminar sino con el día. Dice San Juan Crisóstomo que los hombres, por el más mínimo favor que nos hacen, quieren que les seamos agradecidos y que se lo paguemos; pues ¡cuánto más agradecidos hemos de ser con Dios, que espera de nosotros no una recompensa, sino la acción de gracias, y sólo por nuestro bien! (*In Gen.*, hom. 26). Si no podemos,

continúa diciendo el santo, agradecer al Señor cuan-
to El se merece, al menos agradezcámosle cuanto
podamos. ¡Qué compasión causa el desorden de ver
cómo tantos sacerdotes, acabada la celebración y di-
chas tan sólo unas breves oraciones, en la sacristía,
sin atención ni devoción, se ponen en seguida a
charlar y discurrir de cosas inútiles o de negocios
mundanos o quizás salen de la iglesia llevando con-
sigo a Jesucristo al medio de la calle! Con estos tales
habría que hacer lo que el Beato P. Maestro Avila
hizo una vez: como viera a cierto sacerdote salir de
la iglesia inmediatamente después de haber celebra-
do, mandó a dos clérigos que lo acompañaran con
sendas luces; preguntóles el sacerdote lo que aquello
significaba, y respondieron que iban a acompañar al
Santísimo Sacramento, a quien llevaba en su pecho.
A estos sacerdotes fuera bueno aplicar lo que escri-
bió San Bernardo al arcediano Foulques: ¡Cómo!,
¿tan pronto se cansa usted de la compañía de Jesu-
cristo, a quien lleva en el pecho? (Ep. 2).

Muchos son los libros piadosos que recomiendan
la acción de gracias después de la celebración de la
misa; pero ¿cuántos sacerdotes lo hacen? Se les po-
dría contar por los dedos. Algunos es cierto que me-
ditan, que rezan muchas oraciones vocales; pero
después de la misa poco o nada se detienen a tratar
con Jesucristo. ¡Si al menos, nos detuviéramos mien-
tras duran en el pecho las especies consagradas! De-
cía el Beato Juan de Avila que había de mirar como
precioso el tiempo que sigue a la misa, y por eso él,
de ordinario, después de celebrar, se mantenía dos
horas recogido en Dios.

Después de la comunión, el Señor dispensa más

abundantemente sus gracias. Enseña Santa Teresa que entonces está Jesucristo en el alma como en trono de gracia, diciéndole: *Quid vis ut tibi faciam?* No olvidemos tampoco lo que enseñan muchos doctores, Suárez (*De sacram.*, disp. 63, sect. 7), Gonet (*Man. Thom.*, p. 3.^a, tr. 4, c. 9) y otros, que el alma saca tanto mayor fruto de la comunión cuanto más se dispone con actos de piedad mientras duran las especies consagradas; porque, habiendo sido instituído este sacramento como alimento, declara el concilio de Florencia (*Decr. ad Arm.*, 3.^a) que, al igual que los alimentos terrenos tanto más nutren el cuerpo cuanto más tiempo permanecen en el estómago, así el pan celestial continúa alimentando al alma con sus gracias mientras permanece en el cuerpo, contando con que vayan en aumento de las disposiciones del comulgante. Además, en este momento los actos virtuosos tienen mayor valor y mayor mérito, porque el alma está entonces unida con Jesucristo, según El mismo declaró: *El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece y yo en él* (Io. 6, 57). Entonces, dice el Crisóstomo, «formamos una sola y misma cosa con Jesucristo» (*Ad. pop. Ant.*, hom 60). Por eso adquieren más mérito los actos, porque los hace el alma unida con Jesucristo.

Por otra parte, el Señor no quiere perder sus gracias con los ingratos, como explica San Bernardo (*In Cant.*, serm. 51). Cuidemos, por tanto, de permanecer media hora con Jesucristo después de la misa, o al menos un cuarto de hora, aun cuando, por desgracia, a muchos se les antoje sobrado este cuarto de hora. Recordemos que el sacerdote, desde el día de su ordenación, ya no se pertenece a sí, sino a Dios,

como decía San Ambrosio (*In Ps. 118, serm. 8*). Y el mismo Señor dijo: *Son ellos (los sacerdotes) quienes han de ofrecer los sacrificios igneos a Yahveh, alimento de su Dios; por eso han de ser santos* (*Lev. 21, 6*).

V. Del sacerdote que se abstiene de celebrar

Sacerdotes hay que se privan, por humildad, de celebrar la misa. Una palabra sobre ello. Privarse de celebrar la misa, por humildad, es acto bueno, pero no lo mejor, porque los actos de humildad tributan a Dios un honor finito, en tanto que la misa se lo tributa infinito, porque es honor que tributa Dios una persona divina. Adviértase, además, lo que dice el Venerable San Beda: «Cuando el sacerdote omite la celebración de la misa sin estar legítimamente impedido, priva, en cuanto de él depende, a la Trinidad, de gloria; los ángeles, de alegría; a los pecadores, de perdón; a los justos, de auxilio; a las almas del purgatorio, de alivio; a la Iglesia, de un gran bien, y a sí mismo, de remedio» (*De praep. ad missam*, c. 5).

Hallándose San Cayetano en Nápoles se enteró de que en Roma cierto cardenal amigo suyo, que solía celebrar diariamente, empezaba, debido a sus asuntos, a descuidar esta obligación, por lo que, a pesar de los calores caniculares y aun con peligro de su salud, no dejó de ir a Roma a persuadir al amigo que no dejara su antigua costumbre; y, en efecto, allí fué y volvió a Nápoles. —He aquí lo que se lee en la vida del beato Juan de Ávila: Yendo a celebrar un día a cierta ermita, se sintió tan falto de fuerzas, que, desconfiando poder llegar a aquel lugar, del que aun

distaba mucho, estaba ya para desistir de la celebración, cuando se le apareció Jesucristo en forma de peregrino, que le descubrió el pecho y, mostrándole sus llagas, y en especial la del sagrado costado, le dijo: «Cuando yo estaba cubierto de estas llagas, estaba más fatigado y débil que tú», y desapareció. Animóse con ello el P. Avila y prosiguió el camino para celebrar la misa.

PLATICA II

SOBRE EL BUEN EJEMPLO QUE HA DE DAR EL SACERDOTE

Jesucristo instituyó en la Iglesia dos órdenes de fieles, uno de seglares y otro de eclesiásticos, con la diferencia de que unos han de ser discípulos y ovejas, y otros, los eclesiásticos, maestros y pastores. Por eso San Pablo ordenó a los seglares: *Obedeced a vuestros guías y mostradles sumisión, pues ellos se desvelan por el bien de vuestras almas, como quienes han de dar razón* (Heb. 13, 17). Y por otra parte, San Pedro dice a los seglares: *Apacentad la grey de Dios que está en vosotros* (1 Pet. 5, 2). Y en otro lugar: *Mirad por vosotros mismos y por toda la grey, en medio de la cual el Espíritu Santo os puso por obispos para pastorear la Iglesia de Dios* (Act. 20, 28).

De todo esto concluye San Agustín: «Nada hay más difícil, nada más peligroso que el oficio sacerdotal» (Ep. 21); y precisamente por la razón que pesa sobre el sacerdote de vivir vida virtuosa, no sólo interior, sino exteriormente, para que los demás

aprendan de él a vivir bien, porque, si fuere bueno el que te guía, añade el mismo santo, te servirá de provecho, y si malo, de tentador (*Serm. 12, c. 7, de verbo Dom.*). Mucho bien hace el ejemplo del sacerdote bueno; la Sagrada Escritura decía que en Jerusalén se vivía santamente: *por la piedad del sumo sacerdote Onías* (2 Mach. 3, 1). Dice el concilio de Trento que la virtud de los jefes es la salvación de los subordinados (sess. 6, *de Ref.*, c. 1). Por el contrario, iqué daño no causa y qué de tentaciones suscita el mal ejemplo de un solo sacerdote! *Rebaño descarriado era mi pueblo; sus pastores habíanlo extraviado* (Ier. 50, 6). Escribe San Gregorio: «No, nadie daña tanto los intereses de Dios como los sacerdotes que, establecidos por El para salvación de los demás, dan viciosos ejemplos» (*In Ev., Lc., hom. 17*). Y San Bernardo dice que los seglares, al ver la mala vida de los sacerdotes, no piensan en enmendarse y llegan hasta a despreciar los sacramentos y los bienes y penas de la otra vida (t. 1, serm. 19, a. 2, c. 1); porque piensan, como aquel de quien escribía San Agustín: Y «¿a qué hablarme? No hacen esto los propios clérigos, y ¿quieres que lo haga yo?» (*Serm. 137 al. 99*). Y el Señor decía un día a Santa Brígida: «Visto el mal ejemplo de los sacerdotes, el pecador se enardece en el pecado, si antes se avergonzaba, ahora se gloria de él» (*Revel.*, l. 4, c. 132).

San Gregorio llama a los sacerdotes columnas del templo (*Hom. in Ev.*, 17); cuando fallan las columnas, todo el edificio se derrumba; por eso en la ordenación de los sacerdotes la Iglesia ruega diciendo: «Que se vea en ellos la justicia, la constancia, la misericordia, la fortaleza y las demás virtudes, para que

su vida sirva de ejemplo a los demás» (*Pont. rom. in ord. presb.*). Los sacerdotes no sólo deben ser santos, sino también parecerlo; pues, como dice San Agustín, si el sacerdote necesita buena conciencia para salvarse, también necesita buena fama para salvar al prójimo; sin lo cual, aunque fuese bueno para sí mismo, sería cruel para el prójimo y, perdiendo a los demás, vendría a perderse a sí mismo (*Serm. 355, q. 12*). Dios eligió entre los hombres a los sacerdotes no sólo para que le ofrecieran sacrificios, sino también para que con el buen olor de sus virtudes fueran edificación de todos (*Eccli. 45, 20*).

Los sacerdotes son la sal de la tierra (Mt. 5, 13), y añade la Glosa que los sacerdotes tienen que sazonar, en cierto sentido, a los demás hombres para hacerlos gratos a Dios, formándolos en la práctica de la virtud con sus palabras y más aún con sus ejemplos.

Los sacerdotes son también la luz del mundo (Mt. 5, 14), por lo que, añade el mismo divino Maestro, han de resplandecer con el brillo de sus virtudes entre todos los demás y honrar así a aquel Dios que tanto les honró y distinguió (*íbid.*). Es lo que precisamente recordaba el Crisóstomo a los sacerdotes, diciéndoles: «Para esto nos eligió, para ser como luces» (*In 1 Tim., hom. 10*). E igual escribe el papa Nicolás, afirmando que los sacerdotes son las estrellas que han de iluminar al pueblo (*Ep. ad Synod. Silvan.*), como escribía Daniel: *Quienes enseñaron a muchos la justicia, como las estrellas por siempre* (brillarán) (Dan. 12, 3). Mas para iluminar no basta que el sacerdote lo haga sólo con la voz, sino que es preciso que ilumine también con su buen ejemplo. La vida del sacerdote, decía San Carlos Borromeo, es el faro al que los navegantes, es decir, los seglares,

que están en medio del mar y de las tinieblas del mundo, alzan su vista para no perderse. Y antes que él lo había dicho el Crisóstomo: «El sacerdote ha de vivir vida tan arreglada, que cuantos le miren puedan ver en él el modelo ejemplar; para eso nos eligió (Dios), para ser como luces y maestros de los demás» (*In 1 Tim.*, hom., 10). La vida del sacerdote es la luz puesta sobre el candelero para iluminar a todos: *Ni encienden una lámpara y la colocan debajo del candelero, sino encima del candelero, y alumbría a todos los que están en la casa* (Mt. 5, 15). De aquí concluía el concilio de Burdeos: «Los eclesiásticos están de tal modo expuestos a las miradas de todos los hombres, que éstos suelen guiararse por sus buenos o malos ejemplos» (anno 1583, c. 21). El sacerdote, por tanto, es la luz del mundo; pero si la luz se convierte en tinieblas, ¿qué sería del mundo?

Los sacerdotes son también padres de los cristianos, como los llama San Jerónimo; por lo que, si son padres de todos, añade el Crisóstomo, se impone que cuiden de todos, edificando principalmente a sus hijos con la vida ejemplar y prudentes instrucciones (*In 1 Tim.*, hom. 6). Si, por el contrario, fuesen malos sus ejemplos, los hijos espirituales los imitarán (*Serm.* 57), como dice Pedro de Blois.

Los sacerdotes son también maestros y modelos de virtud. Nuestro Salvador dijo a los discípulos: «Como me ha enviado el Padre, también yo os envío a vosotros» (Io. 20, 21). Por lo que, así como el Eterno Padre envió a Jesucristo al mundo por modelo, así también Jesucristo puso en el mundo a los sacerdotes como modelos de vida virtuosa. Esto significan las mismas palabras de sacerdote y de presbítero,

como explica Pedro de Blois: «Sacerdote significa el que da algo sagrado, pues da algo sagrado de Dios, que es la predicación y los sacramentos; da algo sagrado por Dios, que es el buen ejemplo (*Serm. 38*). Además, el nombre de *presbítero* según Honorio de Autún, significa el que señala el camino al pueblo, desde el destierro a la patria celestial y lo señala con la voz y con el ejemplo (*Gemma and.*, l. 1, c. 171); que esto fue lo que el Apóstol escribió a Tito: *En todo mostrándote a ti mismo dechado de buenas obras..., a fin de que el de la parte contraria quede confundido, no teniendo que decir de nosotros nada malo* (*Tit. 2, 8*). San Pedro Damiano dice que el Señor separó a los sacerdotes del pueblo para que observen un tenor de vida distinto del pueblo (*Opusc.*, 18, dist. 2, c. 2), y de los sacerdotes aprendan los sacerdotiales a vivir edificantemente. San Pedro Crisólogo llamó al sacerdote forma de las virtudes (*Serm. 26*); y San Juan Crisóstomo dice igualmente: «Que el esplendor de las virtudes de tu vida sea la común escuela y ejemplar de todos» (*In Tit., hom. 4*). El mismo ministerio sacerdotes exige esto, como escribe San Bernardo. David, deseoso de la santificación de los pueblos, rogaba a Dios diciendo: *Tus sacerdotes vistas de justicia y sus fieles den vtores de gozo* (*Ps. 131, 9*). Estar vestido de justicia equivale a dar ejemplo de todas las virtudes, de celo, de humildad, de caridad, de modestia, etc. En suma, dice San Pablo que nosotros, sacerdotes, debemos acreditar, con la santidad de nuestra vida, que somos verdaderos ministros de un Dios santo (*2 Cor. 6, 4*); y ya Jesucristo lo había dicho primero: *Quien me sirve, sigame* (*Io. 12, 26*). El sacerdote tiene, por tanto, que copiar en sí los ejemplos de Jesucristo, de tal modo que, según

dice San Ambrosio, sea tan edificante que todo el que lo vea reciba testimonio de su vida ejemplar y venera al Señor, que tiene tales ministros (*De offic.*, l. 1). De aquí que Minucio Félix dijera que «los sacerdotes debemos darnos a conocer por sacerdotes no en los impecables trajes talares o en la elegante cabellera, sino en la modestia e inocencia de la vida» (*Octav.*, c. 9). Como el sacerdote está colocado en la tierra para lavar las manchas de los demás, por eso dice San Gregorio que necesita ser santo y demostrarse santo (*Past.*, p. 2.^a, c. 2).

Los sacerdotes son conductores de los pueblos, según San Pedro Damiano (*Opusc.*, 25, 2); pero San Dionisio dice que ninguno se debe atrever a hacerse guía de los demás si primero no se ve a sí mismo del todo semejante a Dios (*De Eccl. hier.*, c. 3; S. Thomas, *Suppl.*, q. 36, a. 1); y el abad Felipe de Buena-Esperanza añade que la vida de los clérigos sirve de norma a los seglares, pues unos van al frente como guías, en tanto que los otros les siguen como grey (*De dignit. cler.*, c. 2). San Agustín llama a los sacerdotes *rectores terrae*. Pues bien, quien tiene el cargo de corregir a los demás, debe, ante todo, ser él mismo irreprochable, como dice el papa Hormisdas (*Ep. ad Episc. Hispan.*). El concilio de Pisa se expresa así: «Cuanto más elevados en dignidad están los eclesiásticos por cima de los seglares, tanto más les deben edificar por el brillo de sus virtudes; su vida ha de ser tal que convide a los demás a la santidad». En efecto, como escribió San León: «La vida ejemplar de quienes rigen será la salvación de los dirigidos» (*In ad Episc. Afr.*).

San Gregorio Niceno llama al sacerdote maestro de santidad (*In Baptism. Chr.*); pero si el maestro es

soberbio, ¿cómo va a enseñar humildad?; si es glo-tón, ¿cómo enseñará mortificación?; si es vengativo, ¿cómo enseñará mansedumbre? Quien está al frente de los pueblos para instruirlos y formarlos en la virtud, decía San Isidoro, debe ser santo en todo (*De off. Eccl.*, l. 2, c. 5). Y si el Señor dijo a todos: *Seréis, pues, vosotros perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto* (Mt. 5, 48), ¿cuánto más, pregunta Salvianno, exigirá la perfección a los sacerdotes, que han de formar a todos en la virtud?» (*Ad Eccles.*, 14, l. 2). «¿Cómo podrá inflamar a otros en el amor divino quien con su modo de obrar da indicios de que no arde en este santo fuego? Quien no arde no abrasa», decía San Gregorio (*In Ez.*, hom. 2); y San Bernardo añadía: «El lenguaje del amor, en boca de quien no ama a Dios, resulta bárbaro y extraño» (*In Cant.*, serm. 79). Acontecerá, dice también San Gregorio, que «el sacerdote que no da buen ejemplo hará que se desprecien sus sermones» (*In Ev.*, hom. 17), y «no sólo sus sermones, añade Santo Tomás, sino todas sus funciones sacerdotiales» (*Suppl.*, q. 36, a. 4).

El concilio de Trento ordena que no se admita al sacerdocio más que a quienes se pueda esperar que por su piedad y pureza de costumbres hayan de servir de «excelente ejemplo de buenas obras y saludables consejos» (sess. 23, *de Ref.*, c. 14). Pero nótese que en primer lugar se han de esperar de ellos buenos ejemplos y luego saludables consejos, porque dice el concilio que el buen ejemplo es ya como un género de predicación continua. «Antes de predicar con la palabra, los sacerdotes han de predicar con el ejemplo», como enseña San Agustín (*Serm. 249 de temp.*). Y San Juan Crisóstomo añade: «Los buenos ejemplos hablan más alto que trompeta alguna» (*In*

Mat., hom. 15). Por eso San Jerónimo advirtió a su amigo Nepociano: «Que tu modo de obrar no contrarie a tu doctrina; pues de otro modo, cuando predicas en la Iglesia, no faltaría quien te pudiera decir bajito: ¿Por qué no haces tú lo que predicas? (*Ep. ad Nepot.* 34). Así se expresa también San Bernardo: «Tu voz tendrá gran vigor si se advierte que, antes de predicar a los demás, te predicaste a ti mismo» (*In Cant.*, serm. 69). Para que el predicador persuada a los demás de lo que dice es necesario que se muestre persuadido de ello; y ¿cómo lo podrá demostrar quien obra al revés de lo que predica?, pregunta el autor de la *Obra imperfecta?* (*Hom. in Mt.*). «Aquella predicación persuade y commueve, dice San Gregorio, que viene confirmada con la ejemplaridad de la vida de quien predica» (*Past.*, p. 2.^a, c. 3). «Los hombres dan más crédito a los ojos que a los oídos, es decir, más a los ejemplos que ven que a las palabras que oyen» (*Concurrellens.*, tr. 3, c. 4).

Los sacerdotes, como dice el concilio Tridentino, son espejos del mundo y en ellos se miran todos y de ellos toman ejemplo de vida (*sess. 22, de Ref.* c. 1). Y antes lo había dicho San Gregorio: «Es justo que el sacerdote resplandezca por sus virtudes, de suerte que sea como espejo en que el pueblo vaya a mirarse para ver lo que ha de hacer y lo que ha de corregir» (*Ep.*, l. 7, ind. 1, ep. 32, dist. 1). Y antes también que San Gregorio lo escribió el Apóstol: *Fuimos puestos como espectáculo al mundo, tanto a los ángeles como a los hombres* (1 Cor. 4, 9). «Todo en el sacerdote, exclama San Jerónimo, reclama santidad» (*Ep.* 58). Según San Euquerio, los sacerdotes llevan el peso del mundo; es decir, tienen la obligación de salvar a todas las almas; mas ¿cómo las salvarán? Con

la fuerza de la santidad y de los santos ejemplos (*Hom. de dedic. eccl.*). Por eso un concilio de Valencia dice: «Es necesario que el sacerdote se esfuerce por mostrarse modelo de regularidad y de modestia, por su gravedad de porte, de miradas y de palabra (anno 855, can. 15). Nótense estos tres puntos: *Porte*: ¿Qué ejemplo de modestia pueden dar los sacerdotes que en vez de andar con el traje talar, largo y modesto, lo llevan corto, la cabellera empolvada, los puños estudiadamente planchados, con botonaduras de oro y hebillas de plata en el calzado? *Miradas*: Para dar ejemplo de modestia es preciso tener en público los ojos bajos no sólo en el altar y en la iglesia, sino también en todos los demás lugares en que haya mujeres. *Palabras*: El sacerdote tiene que abstenerse de proferir ciertas máximas mundanas y ciertos chistes que no compaginan bien con la modestia. El concilio IV de Cartago ordenó que «se suspendiera de sus funciones al clérigo que se dejara llevar de palabras inmodestas» (can. 6). Pero y ¿qué mal hay en ello, si sólo es bromear? No, responde San Bernardo, «lo que entre los seglares son bromas llegan a ser blasfemias, que en boca de los sacerdotes causan horror» (*De cons.*, l. 2, c. 13). Y añade: «Consagrasteis la boca a la predicación del Evangelio, y no podéis sin pecar abrirla para proferir tales palabras, ni habituaros a ellas sin hacerlos reos de sacrilegio» (*ibid.*). También San Jerónimo decía que «siempre es peligroso decir cosas que no edifiquen a quienes las oigan». Ciertas cosas, ligeras para los demás, son delitos en el sacerdote, dice Pedro de Blois, porque todo mal ejemplo de su parte, como es ocasión de caída para los otros, se convierte para él en algo grave (*Ad Past. in sym.*, serm. 3). Escribe San Gregorio Na-

cianceno: «Las manchas en el vestido lujoso se dan más a notar y parecen más deformes» (*Orat.*, 31).

Absténgase también el sacerdote de toda murmuración. Dice San Jerónimo que «algunos dejan los demás vicios, pero se diría que no pueden dejar este de la murmuración» (*Ep. ad Celant.*). Evite también el trato con personas seglares. En las conversaciones de los seglares se respira aire infecto, que con el tiempo arruina la salud, en expresión de San Basilio (*hom. D. non sit. auct. mal*). Finalmente, absténgase también de ciertas diversiones mundanas, en las que nada edifica la asistencia del sacerdote, como serían la asistencia a algunas representaciones teatrales, bailes o conversaciones en que intervengan mujeres. Por el contrario, procure que se le vea rezando en la iglesia, dando gracias después de la misa, visitando al Santísimo Sacramento y a María Santísima. Hay quienes cumplen estos deberes de devoción ocultamente por temor de ser vistos. Pues bien, al sacerdote es preciso que se le vea, no ya para que ceda en alabanza propia, sino para dar buen ejemplo y contribuir a que los demás alaben a Dios, imitándolo: *Vean vuestras obras buenas y den gloria a vuestro Padre, que está en los cielos* (Mt. 5, 16).

PLATICA III

SOBRE LA CASTIDAD DEL SACERDOTE

I. Del mérito de esta virtud y de su necesidad para el sacerdote

Un alma continente no tiene precio (Eccli. 26, 20). Todas las riquezas de la tierra, todos los señoríos y dignidades son harto viles, comparados con el alma casta. San Efrén llama a la castidad «vida del espíritu», y San Cipriano, «adquisición de las victorias». Quien triunfa del vicio opuesto a la castidad vencerá fácilmente los demás vicios, y por el contrario, quien se deja dominar del vicio impuro, fácilmente caerá en otros vicios, odios, injusticias, sacrilegios, etc.

La castidad, decía San Efrén, hace del hombre ángel (*De castit.*). Y San Ambrosio añade: «Quien conserva la castidad es ángel, y quien la pierde, demonio» (*De virg.*, l. 1). Con razón se compara a los castos con los ángeles, que viven alejados de todo placer carnal: *Serán como ángeles de Dios* (Mt. 22, 30). Los ángeles son puros por naturaleza, en tanto que los castos son puros por virtud. El mérito de esta virtud, decía Casiano, está en hacer ángeles a los hombres (*De coenob. inst.*, l. 6, c. 6). San Bernardo dice que «el hombre casto se diferencia del ángel en la felicidad, mas no en la virtud, y añade que si la casti-

dad del ángel es más feliz, la del hombre es más gloriosa» (*De mor. et off. Ep.*, c. 3). San Basilio defiende que la castidad hace al hombre semejante a Dios mismo, que es espíritu puro (*De vera virginit.*).

Cuanto más preciosa es la castidad, tanto más necesaria es a todos para conseguir la salvación; pero sobre todo es necesaria a los sacerdotes. ¿Por qué ordenó el Señor a los sacerdotes, en la antigua Ley, tantas vestiduras y ornamentos blancos, tantas purificaciones externas, símbolos todos ellos de la pureza corporal? Unicamente porque habían de tocar los vasos sagrados y porque eran figura de los sacerdotes de la nueva ley, que habían con el tiempo de tocar y sacrificar la carne sacrosanta del Verbo encarnado. Por eso escribió San Ambrosio: «Si las figuras exigían tanto respeto, ¿cuánto más exigirá la realidad? (*De ofic.*, l. 1, c. 50). Dios, por el contrario, ordenó que fuesen apartados del altar los sacerdotes que se hallaran habitualmente infectos de lepra, símbolo del vicio impuro (Lev. 21, 18), lo que San Jerónimo explica con estas palabras: «Padece de lepra perpetua quien se halla dominado por el vicio vergonzoso de la carne» (*Past.*, p. 1.^a, c. 11).

Los mismos paganos, como escribe Plutarco, exigían pureza de los sacerdotes de sus dioses falsos, diciendo que ha de ser puro cuanto se relaciona con el honor divino. Y cuenta Platón que los sacerdotes atenienses, para conservar mejor la castidad, solían vivir en lugares separados del resto de los hombres (*Cf. Sperell. (Mons.)*, p. 1.^a, rat. 17); por lo que exclama San Agustín: «Gran vergüenza para los cristianos tener que recibir lecciones de los paganos!» (*Ad Frat. in er. erem.* 37).

Por lo que a los sacerdotes del verdadero Dios atañe, San Clemente Alejandrino dice que sólo son y deben llamarse verdaderos sacerdotes quienes viven vida casta (*Strom.*, l. 4). Y Santo Tomás de Villanueva añadía que, aun cuando el sacerdote fuera humilde, fuera piadoso, si no era casto, no era nada (De D. Aug., conc. 3). La castidad es necesaria a todos los hombres, pero sobre todo a los sacerdotes, dice San Agustín (*Serm. 249, de temp.*). Los sacerdotes deben tratar en el altar con el Cordero inmaculado de Dios, que se llama lirio de los valles (Cant. 2, 1), que *apacienta su ganado entre los lirios* (Cant. 2, 16). De aquí que Jesucristo quisiera por madre, sólo a una virgen; por padre nutricio, que fué San José, a un virgen, y por precursor, a otro virgen. Por esto asegura San Jerónimo que San Juan fué discípulo preferido de Jesús por la prerrogativa de la castidad; y en virtud de esta pureza confió Jesús su Madre a San Juan, como confía al sacerdote su Iglesia y su misma persona. Esto hace decir a Orígenes: «El sacerdote que se acerca a los santos altares, debe ante todo, estar revestido de castidad (*In Lev.*, hom. 4). Y San Juan Crisóstomo escribe que «el sacerdote ha de ser tan puro que merezca un lugar entre los mismos ángeles» (*De sacerd.*, l. 3, c. 4). Pues ¿qué?: quien no es virgen, ¿no podrá ser sacerdote? Responde San Bernardo: «La castidad ya provecta hace veces de virginidad» (*De modo bene vivendi*, c. 22).

La Iglesia en nada tiene más empeño que en custodiar la pureza de los sacerdotes. ¡Cuántos concilios y cuántos cánones hablaron de esto! Inocencio III dice: «No se admita a las órdenes sagradas más a quienes sean vírgenes, o al menos gocen de probada castidad» (c. *A multis, de aetate et qual. ord.*); y tam-

bién prescribe él mismo: «Si alguno, ya ordenado, no viviere castamente, excluyásele de toda función eclesiástica». Y San Gregorio escribe: «Nadie debe acercarse al ministerio del altar si de antemano no ha dado pruebas de castidad» (*Ep. l. 1, c. 42*). San Pablo da la razón del celibato prescrito a los ministros del altar, diciendo: *El soltero se preocupa de las cosas del Señor: cómo agradará al Señor. Mas el casado se preocupa por las cosas del mundo: cómo agradará a la mujer; y anda dividido* (*1 Cor. 7, 32*). Quien está libre de los lazos del matrimonio, es todo de Dios, porque no tiene más pensamiento que el de agradarle; pero el ligado con el matrimonio tiene que preocuparse de agradar a la mujer, a los hijos y al mundo, con lo que su corazón ha de dividirse y no puede ser todo de Dios. Razón tuvo San Atanasio para llamar a la castidad casa del Espíritu Santo, vida de ángeles y corona de santos (*De virginit.*); y la tuvo también San Jerónimo para llamarla honor de la Iglesia y gloria de los sacerdotes. Sí; porque el sacerdote, como escribe San Ignacio, tiene que conservarse puro, como casa de Dios, templo de Jesucristo y órgano del Espíritu Santo, ya que por su mediación se santifican las almas (*Ep. ad Heron.*, 10).

II. Motivos para conservar la castidad

Grande es, por tanto, el precio de la castidad, y más terrible aún es la guerra que hace la carne al hombre para arrebatarle esta virtud. La carne es el arma más poderosa que tiene el demonio para esclavizar al hombre: *su fuerza en sus riñones* (*Iob. 40, 11*); de donde proviene que sean raros los que salen

victoriosos en este combate, como afirma San Agustín (*Tract. de honor. mulier.*). «Cuántos desgraciados, exclama dolorido San Lorenzo Justiniano, después de muchos años de soledad en un desierto, oraciones, ayunos y austeridades, por los estímulos desarreglados de la carne, abandonaron los desiertos, perdieron la castidad y hasta al mismo Dios!» (*De spir. an. int.*, l. 1). He aquí la razón por la que los sacerdotes, obligados a perpetua castidad, han de prestar suma atención en conservarla.

Nunca serás casto, decía San Carlos Borromeo a un eclesiástico, si no te vigilas de continuo, porque la negligencia contribuye a la pérdida de la castidad.

Todo este cuidado ha de consistir en adoptar los medios para conservar esta virtud, medios que se reducen, unos a huir de lo que puede encender el fuego impuro y otros a emplear ciertos remedios contra las tentaciones.

1.º Fuga de las ocasiones

El primer medio es la fuga de las ocasiones, y he aquí lo que a este respecto dice San Jerónimo: «El primer remedio contra este vicio es alejarse de los objetos cuya presencia nos llevaría al mal». San Felipe Neri decía que en estas lides la victoria es de los cobardes, es decir, *de los que huyen de las ocasiones* (*Bacci, Vita*, l. 11, c. 13, n. 18). E igual decía Pedro de Blois: «Nunca se vence mejor la lujuria que con la huída» (*In Ps. 40*, v. 1).

Gran tesoro es la gracia de Dios, pero lo llevamos en nosotros, que somos vasos frágiles y muy expuestos a perderlo (2 Cor. 4, 7). El hombre no puede ad-

quirir la virtud de la castidad, si Dios no se la concede (Sap. 8, 21). Por nosotros no tenemos fuerzas para practicar virtud alguna, y especialmente ésta, pues llevamos dentro una fuerte inclinación al vicio opuesto. El hombre, con el auxilio de Dios, puede conservarse casto; pero Dios no concede este auxilio a quienes voluntariamente se exponen o permanecen en la ocasión de pecar, según aquello del Eclesiástico: *Quien ama el peligro, sucumbirá en él* (Eccli. 3, 27).

De aquí esta exhortación de San Agustín: «Contra los ímpetus carnales huye si quieres alcanzar victoria» (*Serm. 350 de temp.*). «¡Cuántos desgraciados, advertía San Jerónimo a sus discípulos en el lecho de la muerte, cayeron en este fango impuro por la presunción de juzgarse seguros de no caer!» (*Epist. ad Dam. de morte Hier.*). Nadie, pues, continuaba el Santo, ha de considerarse seguro de no caer en este vicio. «Aun cuando fuese santo (son sus palabras), con todo, siempre estás expuesto a caer» (*Ep. ad Dam. de morte Hier.*).

¿Puede uno caminar sobre brasas sin que sus pies se quemen? (Prov. 6, 27), pregunta el sabio. He aquí las reflexiones que con este motivo trae San Juan Crisóstomo: «¿Por ventura eres de piedra o eres de hierro? Eres hombre sujeto a la debilidad de todos los hombres. Tomas fuego en las manos, y ¿confías en no quemarte? Arrima leña al fuego y atrévete a decir que no arderá; pues nuestra naturaleza es semejante a la leña y el fuego (*In Ps. 50, hom. 1*). Por esto es imposible exponerse voluntariamente a la ocasión y no sucumbir.

Como de la presencia de la serpiente, huye del pecado, decía el Eclesiastés (Eccli. 21, 2). No hay que

uir solamente la mordedura de la serpiente, sino también de su proximidad. Donde hay personas que pueden ser ocasión de caída, hay que huir de la presencia y de su conversación. San Ambrosio observa que el casto José ni siquiera quiso oír lo que había empezado a proponerle la mujer de Putifar, y huyó inmediatamente, juzgando gran peligro detenerse a escucharla (*De S. Ios...* c. 5). Mas quizás diga alguien: «Yo sé lo que me conviene». Oiga este tal lo que dice San Francisco de Asís: «Sé lo que tendría que hacer, pero no sé lo que en la ocasión haré».

Ante todo, hay que huir de la mirada de objetos peligrosos en esta materia. *La muerte ha subido por nuestras ventanas*, dijo Jeremías (*Ier. 2, 21*). *Por las ventanas*, es decir, por los ojos, como explican San Jerónimo y otros; porque así como para defender una plaza no basta con cerrar sus puertas si se deja que el enemigo entre por las ventanas, así de nada nos valdrán los otros medios para conservar la castidad si no tenemos la preocupación de cerrar los ojos. Cuenta Tertuliano (*Apolog.*, c. 46), que cierto filósofo gentil se arrancó voluntariamente los ojos para conservarse casto. Esto no es lícito ni cristiano, aun cuando, si queremos conservar las castidad, es necesarios que nos abstengamos de mirar a las mujeres y, sobre todo, de detenernos a mirarlas. No daña tanto, decía San Francisco de Sales, el ver cuanto el mirar los objetos que pueden ser causa de tentación. Y no tan sólo debemos, añadía San Juan Crisóstomo, apartar los ojos de las mujeres inmodestas, sino también de las modestas, ya que las conmociones provienen no tan sólo de la mirada de las impuras, sino también de mirar a las castas (*De sacerd.*, l. 6. c. 5). Por esto Job pactó con sus ojos no mirar mujer algu-

na, por honrada virgen que fuese, pues no ignoraba que de tales inmodestias provienen los malos pensamientos (*Ejercicio de perfección...*, p. 3, t. 4, c. 2). Lo mismo advertía el Eclesiástico: *No te fijes en virgen, no vayas a incurrir en pena por su causa* (Eccli 9, 5). Decía San Agustín: «De la mirada nace el mal pensamiento; del pensamiento, cierta delectación carnal, aun cuando involuntaria; y a esta delectación indeliberada sucede a menudo el consentimiento de la voluntad. El Apóstol ordenó que las mujeres estuvieran cubiertas en la iglesia por *causa de los ángeles* (1 Cor. 11, 10), esto es, según el comentario del cardenal Hugo, por causa de los sacerdotes, no fuera a ser que al mirarlas al rostro sintiesen tentaciones inmodestas (*In 1 Cor. 11, 10*). San Jerónimo, aun estando en la gruta de Belén, dedicado a la continua oración y maceraciones penitenciales, era muy atormentado por el recuerdo de las damas que tanto tiempo hacía ya había visto en Roma; por lo que el Santo escribía luego a su amigo Nepociano que no sólo se abstuviera de mirar a mujeres, sino también de hablar de su hermosura (*Ep. ad Nepot.*). Por haber mirado curiosamente a Betsabé, cayó David miserablemente en tantos pecados de adulterio, de homicidio y de escándalo. El diablo sólo necesita que le demos pie, decía San Jerónimo. Efectivamente, sólo necesita que le entreabramos la puerta, que ya él acabará por abrirla de par en par. Una mirada voluntaria y persistente al rostro de una jovencita será la chispa infernal que arruinará al alma. Y hablando de modo especial San Jerónimo de los sacerdotes, dice que no sólo deben huir de todo acto impuro, sino también de cualquier miradilla (*In Tit. 1, ep. 1, c. 1*).

Y si para conservar la castidad es necesario abstenerse de mirar a las mujeres, más necesario aún es huir de su conversación; (no frecuentes) *conciliábulos de mujeres* (Eccli. 42, 12), y da la razón el Eclesiástico diciendo: *Porque del vestir sale la polilla, y de la mujer la malicia femenina* (ibid., v. 13). Y como la polilla se produce contra la voluntad del dueño del vestido, así del trato con las mujeres viene sin quererlo el mal deseo, como comenta Cornelio Alápide. Y añade más: que así como la polilla va creciendo y gastando insensiblemente el vestido, así con el trato de las mujeres se enciende en los hombres, insensiblemente, la concupiscencia, por espirituales que fueren. San Agustín da por cierta la caída rápida en esta materia de quien no quisiere abstenerse de la familiaridad con objetos peligrosos (*Serm. 2 in dom. 29*). Cuenta San Gregorio que el sacerdote Orsino, después de haberse separado de su mujer y haberse hecho sacerdote con su consentimiento, pasados cuarenta años de separación, estando para morir, le acercó su mujer la oreja a su boca para cerciorarse si aun respiraba, y al notarlo Orsino le gritó: «*Retírate, mujer, que aun vive en mí una centella; aparta luego la paja*» (*Dial., 1, 4*), no sea que este fuego vital nos abrase a ambos.

Baste para hacernos temblar el desgraciado ejemplo de Salomón, que tan querido y familiar había sido de Dios, que le había hecho, por decirlo así, como la pluma del Espíritu santo; en la ancianidad se dejó seducir por sus conversaciones con mujeres paganas y llegó hasta a adorar los ídolos: *A la vejez de Salomón, sus mujeres inclinaron a dioses ajenos el corazón real* (3 Reg. 11, 4). Nada extraño, exclama San Cipriano, cuando es imposible hallarse entre